



CAPITULO VIII

El proceso.—Comparecencia del rey (11 Diciembre 92)

La nueva Comuna (2 Diciembre).—Discurso de Robespierre contra el rey (3 de Diciembre).—Versatilidad singular de la Gironda y la Montaña (4-9 Diciembre).—Credulidad hacia las acusaciones.—Madama Roland en la Convención (7 Diciembre).—Actas de acusaciones de Lindet y Barbaroux.—El rey comparece á la barra (11 Diciembre).—No recusa á la Convención.—Mentiras evidentes.—Regreso del rey al Temple.—Interés que inspira el rey.—Los defensores del rey.—Malesherbes.—Su muerte en el 93.—Olimpa de Gouges quiere defender al rey (Diciembre 92).—Su muerte en el 93.

La Comuna del 10 de Agosto desaparece el 2 de Diciembre y se instaura la Comuna del 93.

Es ya otra generación, otros seres, otra raza, la que toma asiento en el Consejo general; la mayor parte de estos son obreros de todos los oficios, de hábitos rudos y groseros, muy distintos á los obreros de hoy, sin su marcialidad ni su temple militar, ni su vivacidad espiritual ni sus anhelos caballerescos, sin la experiencia que estos ha recibido durante sesenta años de historia (¡y de una historia como esta!)

A estos hombres de manos callosas y nervudos brazos, de gritos salvajes, dirigíanlos, como ahora, gentes de pluma. Llamo así á tres personajes ya influyentes en la Comuna del 10 de Agosto: Lhuillier, el hombre de confianza de Robespierre, exzapatero) un poco cura y que entonces tomábase el título de hombre de leyes; después, aparte de Robespierre, los aventureros periodistas Hebert y Chaumette. Se hicieron nombrar procuradores y procurador-síndico de la Comuna. Solo el alcalde fué un girondino el médico Chambar; se ha podido observar en Septiembre por la alcaldía de Petion que este cargo lo era más de honor que de autoridad.

El 2 de Diciembre, la víspera del discurso de Robespierre, la nueva Comuna apenas nombrada arrolló como ola furiosa á la Convención. ¿Este furor era simulado ó verdadero? Si el énfasis ridículo hacía sospe-

chosas las palabras, se creará sin grandes dificultades que la comunicación contra aquel organismo, fría y violenta, hinchada hasta parecer burlesca, salió de la pluma de un hipócrita (quizás de Hebert). El nuevo rey, el pueblo, lanzaba de vez en cuando entre sus banalidades las siguientes significativas palabras: «*El pueblo puede cansarse, desesperar... La muerte puede librar á vuestra víctima* y entonces se diría que los franceses no tuvieron valor para juzgar al rey.»

El discurso de Robespierre pronunciado el día 3, fué como la traducción literaria, académica de esta bárbara retórica. El discurso, trabajosamente modelado, que más parecía hecho para la lectura que para la declamación (salvo alguna antítesis) tenía una gravedad triste y noble, poca agudeza, poco filo. Por mi parte prefiero la romana fuerza de Saint-Just, más atroz y más odiosa.

Saint-Just más violento en apariencia, más habil en realidad, no insiste en si se trata de una cosa justa. Para él la realeza es una cosa fuera de la naturaleza; un rey no puede estar en comunicación con el pueblo; un rey es un monstruo á quien hay que decapitar, y si es un hombre es un enemigo á quien hay que matar más pronto.

Robespierre adopta esta tesis, pero la hace más odiosa en fuerza de querer profundizarla, queriendo ser justo, remontándose á lo que él cree el origen, la cuna de la justicia que no es otro, según él, más que la voluntad popular. Hace del pueblo no el órgano natural y verdadero de la justicia eterna, si no que quiere confundirlo con la justicia misma. Insensata deificación del rey que avasallaba el derecho.

Había en su discurso muchas confusiones, discutibles sobre el orden de la naturaleza que nosotros tomamos por el desorden, y sobre el estado de la naturaleza que, según él, es de continua guerra. Hablaba de los majestuosos movimientos de un gran pueblo, que nuestra inexperiencia toma por erupción, volcán, etc., etc.

Lo más serio y que Saint-Just, descuidó, era la tesis del interés expuesta por Robespierre mucho mejor que la de la justicia: «El rey está en guerra con nosotros y os combate desde el fondo de su calabozo... ¿Qué ocurrirá si el proceso dura hasta la primavera, cuando los déspotas librarán contra nosotros un ataque general?» Robespierre encontrábase en terreno firme. Tuvo tiempo para pensar en si la vida del rey en esta época era un daño nacional: «Determinemos, pues. Nada de proceso, si no una medida de salud pública, un acto que sea como de providencia nacional. Luis debe morir para que la patria viva... Declarado traidor á la nación, criminal de la humanidad, que muera en el mismo sitio donde el 10 de Agosto murieron los mártires de la libertad...»

Robespierre decía algo en este discurso que podría volverse contra él y que sus adversarios podrían aprovechar: «*El rey ha sido muerto. ¿Quién tiene derecho á resucitarlo para dar pretexto á nuevas revueltas y rebeliones?*»

Es precisamente lo que decía la Gironda: «*El rey ha sido muerto*

Vosotros lo resucitáis queriéndolo matar aún.—Y en efecto, la cosa llegó así. El rey, muerto el 10 de Agosto, revivió por el proceso y el 21 de Enero consumó su resurrección en el alma y el corazón de Europa.

«Pido—dice Buzot, el 4 de Diciembre—que quien hable de restaurar la realeza sea castigado con la muerte... Así se sabrá si hay realistas en la Asamblea.»—Gran tumulto. La Montaña pide que se le reserven al pueblo sus derechos, el de las *asambleas primarias*. Y la Gironda grita: Vosotros, pues, sois realistas.—La Asamblea por aclamación aprueba la proposición de Buzot, pero concede á la Montaña que el rey será juzgado sin ser desamparado. Robespierre quería que no fuese oído. Buzot pidió y obtuvo que se le dejara hablar, al menos para que nombrara sus cómplices.

La Montaña el 4 de Diciembre afirmó el poder supremo de las asambleas primarias, su *derecho absoluto* sobre todas las cuestiones, *aun contra la república*, lo cual implicaba el absurdo de que el pueblo tenía el derecho de renegar de sí, de abdicarse, de suicidarse, de no ser el pueblo.

¡Piedad para la naturaleza humana que sufre el espantable vértigo de una tempestad en el cerebro del hombre! Esta dañina tesis del derecho ilimitado del pueblo es adoptada nuevamente por la Gironda, el día 9, conduciéndola á otra cuestión. Pero entonces la Montaña no conserva el recuerdo de los absurdos que realizó el día 4, es razonable y rechaza la teoría que defendió cinco días antes.

Se trata esta vez del funesto principio que causó la muerte á la Convención y que desde su nacimiento fué sustentado contra ella por Robespierre en la sociedad jacobina: *Que el pueblo tenga derecho á revocar sus diputados*, que en cada momento pueda anular la elección que acaba de hacer, de suerte que no haya elección sólida ni asamblea segura de poder vivir; el diputado se sentará temblando y votará bajo la censura previa de las tribunas públicas, sometiendo diariamente su conciencia al mandamiento de la muchedumbre. A lo cual, añadía Marat que el pueblo soberano iría á escuchar á sus diputados con los bolsillos llenos de piedras, para en caso de que no procedieran rectamente, no sólo anular la elección, si no aniquilar á los elegidos.

El día 9 los girondinos reanudaron la tesis jacobina de la revocabilidad de los diputados, como un arma contra la Montaña. Este día firmaron su muerte.

Con esta arma querían destruir al apóstol de Septiembre, Marat. Pero no sólo era Marat el que llevaba la representación nacional; violarla en uno solo era destruir la de todos; arrancar á todos la toga de representantes del pueblo y desnudos, descarnados, despojados, librarlos á las violencias de la fuerza, al furor de los facciosos.

Era mucho más peligroso discutir este asunto en la Convención, por cuanto esta no era creación del sufragio universal; no fué nombrada

por las asambleas primarias, si no por elección gradual, llamémosle así. Los electores, elegidos ellos mismos, que habían nombrado esta asamblea, dábanle la misma fuerza que si hubiera surgido sin intermedio del pueblo. Era esta una cuestión delicada de resolver, espantable por sus consecuencias, que pudieran ser diez años de anarquía.

La Gironda por el órgano de Guadet, cometió la insigne torpeza de apoyar una comunicación de Bouches de Rhôue, invocando contra Marat el principio jacobino, la revocabilidad de los diputados.

Guadet pide y la Convención aprueba por aclamación: «Que las asambleas primarias se reunirían para pronunciarse sobre el llamamiento de los hombres que hubiesen traicionado la patria.»

Encuéntanse afortunadamente algunos hombres de buen sentido, de diversos matices políticos, que declaran lo absurdo del principio jacobino y los daños que puede causar. Manuel, Barere, Prieur, mostraron á la Convención el abismo que abría bajo sus pies. Prieur dijo que el llamamiento á las asambleas primarias en tal instante era concertar las influencias aristocráticas, mezclándolas en una cuestión de puritanismo democrático, y que cuando iba á celebrar un juicio, matábase la Asamblea proclamando ella misma que su autoridad es incierta, provisional. El mismo Guadet pide el aplazamiento de su proposición y la Asamblea revocó su decreto.

Entre las dos jornadas del 4 y del 9, en las que los dos partidos dieron el extraño espectáculo de cambiar de papel, encargándose uno de sostener la tesis que otro abandonaba, la Convención tuvo un vergonzoso paréntesis, el día 7, en que se vió el exceso de credulidad ó de pasión que rebajaba á los hombres.

Un intrigante llamado Viard comunicó á Fauchet y al ministro Lebrún, que sostenía inteligencias con algunos individuos del partido realista medio del que se valía para enterarse de los secretos de aquel partido. Realizó una misión que se le encargó, y cuando regresó, no satisfecho, sin duda, con la recompensa, buscó á Chabot y Marat, á quienes ofreció los hilos de un gran complot girondino en el que figuraban el mismo Roland y su esposa. Marat se arrojó sobre su hamaca como un tiburón. Chabot era muy ligero, un papamoscas, de espíritu débil, pobre, sin delicadeza. Creyó en seguida sin necesidad de examinar. La Convención perdió todo un día disputando, injuriándose. Hizose á Viard el honor de llamarlo, y apenas se le vió produjo el efecto de un espía de oficio que probablemente trabajaba para todos los partidos. Se llamó á madama Roland, que convenció á toda la Asamblea por su gracia, su modestia, su tacto y su buen sentido. Chabot fué perdido, anonadado. Marat, furioso, escribió por la noche en su periódico que todo el mundo estaba en comunicación con los rolandistas para mixtificar á los buenos patriotas y ridiculizarlos.

Hacia cerca de un año que comenzado el proceso, habíase detenido; ni se le removía, ni avanzaba; en realidad había cedido su puesto á

un proceso mucho más grande. Llamo así á la lucha de exterminio entablada entre la Montaña y la Gironda, lucha torpe, de gladiadores novicios que necesitaban tantear el cuerpo para encontrar el corazón.

Finalmente el día 10 en nombre de los veintiún individuos encargados del proceso, Roberto Lindet leyó una especie de historia del rey después del 89, historia que era una habilidosísima acusación y en la



EL DUQUE DE CHARTRES

que se reconocía la mano de un legista normando, consumado maestro de sagacidad. Los Lindet eran dos hermanos, Roberto y Tomás, el abogado y el cura. Los dos sentábanse en la Montaña. Roberto en su exposición histórica concentraba todas las acusaciones en la persona del rey, impidiendo que se volvieran contra los ministros. Estableció de un modo indudable que los ministros habían ejercido muy poca influencia sobre el rey. Lo que no dijo Lindet, fué que la influencia de la reina en la corte durante algún tiempo había sido la de los curas. Las piezas del proceso lo testificaban demasiado.

Cada partido quería tener parte en la acusación. La comisión dió á la Montaña la parte histórica é indemnizó á la Gironda, encargando al girondino Barbaroux de presentar el capítulo de cargos, acta en la que cada artículo suministraba al presidente la materia de acusación en la forma en que debía dirigirse al acusado.

«El día 11 de Diciembre, Luis se levantó á las siete de la mañana.



FELIPE IGUALDAD

Sus oraciones duraron tres cuartos de hora. A las ocho de la mañana escuchó con inquietud el redoble del tambor; paséase por la cámara y oye con atención: «Parece dice, que oigo el trote de los caballos.» Después desayunó en familia. La más grande agitación reinaba en todos los semblantes. Después del desayuno, en vez de la cotidiana lección de geografía, jugó un rato con su hijo. Se le anunció que había llegado el alcalde. Abrazó á su hijo y lo despidió. El alcalde leyó al rey el decreto en que se condenaba á Luis Capet á que compareciera á la barra. «Yo no me llamo Capet; mis antepasados llevaron este nombre, pero yo nun-

ca me he llamado así. Lo demás es una serie de calificativos que escucho desde hace seis meses á la fuerza...» Y después añadió: «Me habéis privado de una hora agradable con mi hijo.» Pidió su redingote color avellana. Bajo, en el patio, esperábale un ejército con fusiles, picas y otros instrumentos, cuya formación desconocía. Pareció inquietarse. Lanzó una última mirada á la torre donde dejaba á su familia y partió. Llovía.

«Durante el camino no dió señal alguna de preocupación ni de tristeza. Habló poco. Frente á las puertas de Saint-Martín y Saint-Denis, preguntó. Entró en los fuldenses y Santerre, cogiéndolo de un brazo, lo condujo á la barra, sentándolo en el sitial mismo en que aceptó la Constitución.»

El rey hasta entonces estaba sin consejo. Sin embargo, había reflexionado ya sobre lo que tenía que hacer. La historia de Carlos I, quien primero se negó á hablar y quiso hacerlo cuando era tarde, instruyó al rey decidiéndose á seguir una marcha completamente opuesta. No recusó á sus jueces. Dió á entender que no cediendo á las imposiciones de la fuerza, al responder á las preguntas del presidente aceptábalo como una autoridad legítima.

Primer punto: «¿Por qué rodeasteis la Asamblea el 23 de Junio de tropas queriendo imponer vuestras leyes á la nación?»—El rey: «No existía ley que me lo prohibiera. Yo era dueño de enviar á todas partes al ejército, pero no quise derramar sangre.»

Después continuó contestando con acierto y tranquilidad de espíritu, ora disculpándose con los ministros, ora alegando la Constitución misma que le autorizaba para ejercer los cargos que se le imputaban; y para los hechos pasados decía que la Constitución que aceptó en Septiembre del 91 los había borrado. Sostuvo que el 10 de Agosto no hizo más que defender las autoridades constituidas y reunidas en el castillo. Y cuando se le cita, por ejemplo, los millones que ha dado para comprar conciencias contesta fríamente: «Mi placer más grande ha sido dar dinero á quien lo necesitaba.»

Aseguró que no tenía noticia de ningún proyecto de contrarrevolución.

Acerca de las cartas, actas y memorias contrarrevolucionarias que se le presentaron fechadas y anotadas de su puño y letra, siempre contestó lo mismo: «No las reconozco.» Esta triste manera de embrollar su vida con mentiras evidentes, disminuyó el interés hacia él. Entretanto, la fuerza poderosa de la situación, el carácter terrible de la tragedia, hacen olvidar las miserias y pequeñeces de la defensa. Todos se conmovieron aun los que, más exaltados, pedían desde el principio la muerte del rey.

«Al salir de la Convención, Luis estuvo en la sala de conferencias; como transcurrieran cinco horas, el alcalde le preguntó si deseaba tomar alguna cosa. El rey contestó negativamente, pero después, viendo á un

granadero que, sacándose un pan del bolsillo, daba la mitad á Chaumette, se acercó para pedirle un trozo. Chaumette retrocedió.—«Decid lo que queréis, señor.—Os pido un pedazo de pan.—De buena gana; tomad; es un desayuno digno de Espartaco.»

Al descender fué acogido el rey por un formidable coro de gente que cantaban á voz en grito aquellas palabras de la *Marsellesa*.

«¡QU' UN SANG IMPUR ABREUVE NOS SILLONS!»

(¡Qué nuestros campos riegue sangre impura!)

El rey subió á su coche. Comía solamente la corteza del pan. No sabía como desembarazarse de la miga y habló con Chaumette. Este cogió el pan y lo arrojó por la portezuela: «¡Oh, repuso Capet, es inoportuno arrojar el pan así y más en momentos en que escasea.—¿Y cómo sabéis que anda escaso?—Porque el que he comido sabe un poco á tierra.—El procurador de la Comuna después de un corto silencio añadió:—Mi abuela me repetía frecuentemente: Chiquillo, no pierdas ni una miga de pan por que ya no podrás recuperarla.—Señor Chaumette—dijo el rey.—Vuestra abuela debió ser una mujer de gran sentido.»

Silencio. Chaumette enmudeció, sepultándose en el coche. Poco después, sea por que su desayuno no fué mejor que el del rey, sea que las fatigas y la fuerza de las impresiones violentas triunfaran sobre su naturaleza, Chaumette confesó que se sentía enfermo. El rey lo atribuyó al balanceo del carruaje. «¿Habéis viajado por mar? preguntó Luis.—Sí.—Contestó Chaumette—hice la guerra con Lamotte-Piquet...»—Lamotte-Piquet, añadió el rey, era un buen hombre.» El rey parecía transportarse á su pasión favorita, la marina, á esta gloriosa época de su reino ya lejana, en la que sus buques eran vencedores en todos los mares, cuando él mismo daba instrucciones á La Pérouse dibujándole el puerto de Cherburgo. ¡Ah, si hubo contrastes en su vida, éste fué uno! Pensar en el pasado cuando el rey joven, poderoso, exuberante de vida, en su deslumbrador uniforme de almirante, bajo el humo de cien cañones atravesó la rada creada por él y su visita al famoso dique en el que la Francia, más que Inglaterra, había vencido el Oceano y apreciar su estado actual, era doloroso.

¿Quién lo hubiera reconocido el día 11 de Diciembre con su aspecto recogido, envuelto durante este largo día de invierno en su oscuro ropaje, navegando por decirlo así entre la lluvia que caía y la niebla de las *boulevards*? ¡Confesión triste! Los detalles de estas miserias, lejos de aumentar el interés lo neutralizan. La vida del rey entonces no está realizada por efectos seductores. No era ningún espectro lívido, la sombra de Ugolin, que la imaginación cree ver siempre en un prisionero. Era el hombre grueso todavía, bien conservado, pero de piel pálida, como de enfermo, blanda, de grandes pliegues en el cuello. Hacía tres días que le habían afeitado. La antevíspera quitáronle de las manos las na-